

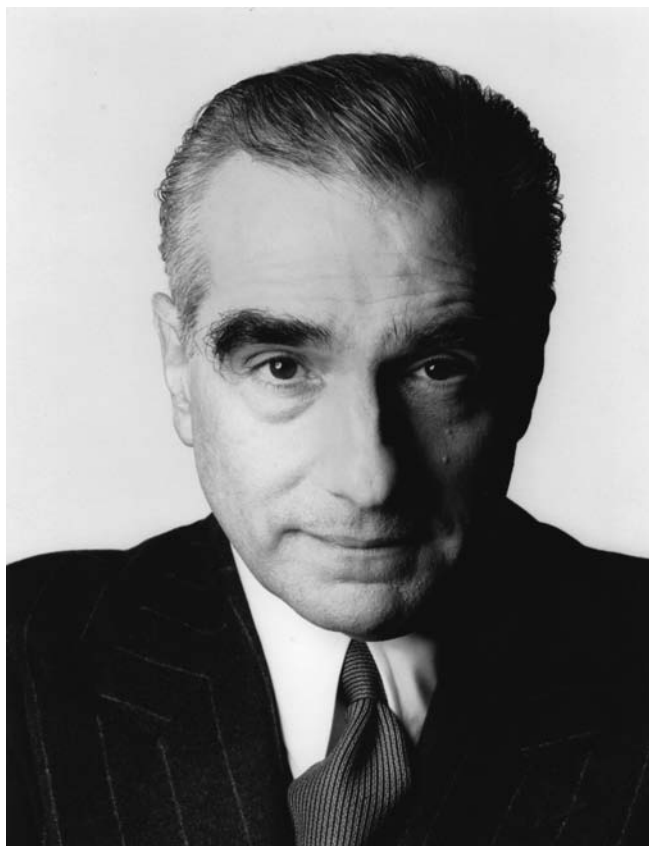
SCORSESE: CINE ENTRE GANGSTERS Y CURAS

“Me crié entre gánsters y curas. Por eso yo, como cineasta, soy en cierta manera esas dos cosas: gánster y cura.” Esta frase, pronunciada por Martin Scorsese durante una entrevista, resume a la perfección las características de su arte. Dentro de la lucha entre el bien y el mal, tema en el que hemos querido enmarcar este número de MePhi, el cine del realizador neoyorquino destaca por sus particulares connotaciones.

Alguien dijo una vez (creo que fue un crítico de cine): “Scorsese hace películas sobre gente que no nos gustaría que fuese amiga nuestra” Esto es cierto hasta el extremo. A mí no me gustaría comer con Frank Costello, ni salir de copas con Amsterdam Vallon, ni soplar las velas de mi cumpleaños junto a Travis Bickle. Son todos personajes desagradables, demónicos hasta la médula, condenados al Reino de las Sombras ya desde el primer fotograma y que suscitan una maldad que está muy lejos de la que suelen combatir los elfos o los jedi. Es una perfidia de andar por casa, cercana a nosotros, cotidiana como la que más. De ahí su sugerente atracción.

Es esa maldad de la que hacen gala Jimmy, Henry y Tommy cuando dan de hostias en un bar a un antiguo rival suyo, lo encierran en el maletero del coche y se van a cenar tranquilamente a casa de la madre del último. Y mientras ellos, entre risas y besuques a la buena señora, se ponen hasta el culo de manjares caseros, un cuerpo se desangra dentro de un Buik del 65. Definitivamente, no me gustaría ser su amigo.

Sin embargo, esta vileza encierra, paradójicamente, las semillas del bien, porque sirve de purga para su ejecutante. Pongamos como ejemplo a Jake Lamotta, el Toro del Brox; un individuo maleducado y prepotente a más no poder, maltratador, celoso y violento. El mayor hijo de puta de Nueva York. Sólo tras su brutal combate contra “Sugar” Ray Robinson, en el que saldrá



derrotado y desangrado, logrará cambiar su actitud. Ese ring será su Gólgota particular y los puños de su rival los clavos que atraviesen su carne. Entonces se dará cuenta de sus errores pasados y del daño que hizo a la gente que lo quería, como su mujer y su hermano, quienes hacía ya tiempo que le habían abandonado.

Porque la principal característica de la violencia del realizador neoyorquino, la que la hace distinta a la del resto de cineastas es que, con ella, los perso-

najes son redimidos de todos los actos abyectos que han realizado en su vida. La salvación surge a partir del dolor, de la masacre más descarnada, al igual que Cristo acabó con el mal del mundo desde la sangría de su cruz. Qué ciertas las palabras que un deformado Lamotta dirigía a su rival tras el último asalto: “¡Eh, Ray! Yo no me he caído, Ray. ¡No me has derribado, Ray!”. Jake no había caído. Había vuelto a nacer.

Y lo mismo ocurre con Travis Bickle, ese solitario taxista rodeado de multitudes. Sólo con el valor catártico de la violencia es capaz de solucionar la miseria que nutre al mundo y a él mismo. “Algún día llegará una verdadera lluvia que limpiará las calles de esta escoria”, dice en un momento de Taxi Driver. Se refería, lógicamente, a una lluvia de gotas de sangre que desencadenará él mismo, erigiéndose de este modo en Mesías al lograr rescatar a la putita Iris del mundo de perversión en el que estaba sumida.

Así son los personajes que habitan las películas del genio de Queens: ambiguos, tornasolados, clarosucos. Blancos y negros. Ángeles y demonios. Gangsters y curas. El cineasta canadiense Paul Haggis confesó en una ocasión: “Yo soy el héroe y el villano de mi vida”. De

los personajes de Scorsese podemos decir lo mismo. No en vano, un Judas Iscariote con el rostro de Harvey Keitel se dirige con estas palabras a un Cristo recién caído en su última tentación: “Y yo, que te amaba tanto, tuve que traicionarte.” Gánsters y curas. De nuevo gánsters y curas. Al igual que todos nosotros.

A. ROMERO

EL PEQUEÑO FREUD FRENTE AL ESPEJO

Me pregunto cuántas veces se cuestionaría Sigmund Freud la serie de atrocidades que llegó a decir sobre criaturas que trató con tanta dureza y crueldad como tratara al pequeño que él mismo fue en su día.

Estuve siempre en contra de las ideas de Sigmund Freud, que me parecen paparruchas, tal vez porque soy mujer y no deseo practicar el sexo con mi padre ni tener un pene.

Sin embargo, ahora compadezco a Freud. El problema de Freud es que conocía la verdad y le parecía demasiado desagradable y demasiado obscena como para denunciarla. Denunciar a los padres maltratadores le parecía más criminal que amaratar el autoestima de los niños, abusar sexualmente de ellos e imbuirles cierta idea de provocación insana inherente a su naturaleza. Hacerles creer que deseaban ser tocados, ser convertidos en objeto de perversión. Que haber sido agredidos constituye un aprendizaje significativo y que en el futuro comprenderán que es por su bien y perpetuarán esta cultura de la disciplina de las convenciones vacuas.

Sostengo que Freud conocía la verdad porque en su correspondencia con su amigo Wilhem Fliess hablaba de los malos tratos de su padre como la causa de la histeria de su hermano entre otras cosas. Su amigo por esta época le disuadió de publicar estos descubrimientos (Alice Miller El Saber Proscrito). Unos años más adelante, el hijo de su mejor amigo, Robert Fliess hizo públicos los abusos sexuales de los que era víctima por parte de su padre, exactamente en las mismas fechas en las que el sentimiento de culpabilidad incitó a Wilhem a privar



a Freud de lo que habría sido el gran hallazgo de la historia y el camino hacia la verdad: la culpa es de quien hace daño.

Estoy convencida de que en multitud de ocasiones Freud sintió ira, dolor, frustración, vacío...

Y se preguntaba ¿Por qué? Y entonces diseñó el psicoanálisis, ese método pedagógico basado en el autoengaño donde se reproduce la jerarquía de la familia: el paciente es el niño que no sabe cómo sentir, y explica sus ideas asociadas, el

psicoanalista es como el padre en un plano superior y le explica lo que debe y cómo debe sentir y cuando aparecen los sentimientos se interpretan, y cuando aparecen los traumas y los maltratadores que les hicieron daño se les deifica y se les desea como a iconos de la industria pornográfica. ¿A quién tratan de engañar?

Los padres no lo hacen bien. Y no lo hacen bien porque a ellos tampoco les trataron bien. Y no, no estuvo nada bien, y que ellos pudiesen aguantarlo y que soportasen además la escasez, el hambre y la guerra, no quita para que los castigos físicos y psicológicos sean menos crueles para los niños. Esto no aboga por la permisividad extrema. Aboga por la denuncia abierta del auténtico maltrato y abuso sexual en menores, porque esas prácticas nos imposibilitan el sentir

emociones cuando somos adultos, dado que aprendemos a evadirnos y a desconectar con nuestro propio cuerpo.

Sólo alguien que ha sido criado en un ambiente sano, de amor, respeto y confianza o haya tenido la oportunidad, en un ambiente hostil, de comprobar que hay más alternativas, se escandalizaría ante la violencia ejercida ante otro ser vivo, por ejemplo, ante una corrida de toros.

M.P. GARCÍA-MURGA